

Modelizaciones en torno al problema de la construcción del sujeto

María Luisa Femenías

1

La racionalidad política que se ha desarrollado e impuesto a lo largo de la historia en la mayoría de las sociedades occidentales es -en palabras de Foucault- una racionalidad patriarcal, que primero enraizó en la idea de un poder pastoral y después, con la modernidad, en la razón de Estado. Paralelamente, se concibió al sujeto en términos de individuo agente aglutinante y totalizador; condición de posibilidad del conocimiento, de elecciones voluntarias y de responsabilidad moral y legal. La noción moderna de “sujeto”, más específicamente su raigambre cartesiana auto-constituyente es, para Michael Foucault, solidaria de la noción convencional de historia y, paradigmáticamente, de las “historias de las ideas”. En trabajos tales como la “*historia de la psiquiatría*” o la “*historia de las formas jurídicas*” resignificó esa concepción confiriéndole un sentido propio. En su interpretación tradicional, para Foucault, la historia estudia el campo de los discursos, es decir, un dominio en el que se pueden distinguir dos clases de formulaciones: a) aquellos discursos valorados pero poco numerosos, y b) los triviales, cotidianos y masivos que proceden, de alguna manera, de los anteriores.¹ Según la primera categoría, la historia cuenta las invenciones, los cambios y las metamorfosis, a la par que muestra de qué modo la verdad se desprende del error, correspondiendo al historiador descubrir, a partir de puntos aislados o de rupturas sucesivas, una línea continua de evolución que reconstituye como la “emergencia de las verdades”. Quienes así lo hacen, afirma Foucault, tratan de salvar las contradicciones respondiendo a la regla heurística de no multiplicarlas inútilmente mostrando también, de ese modo, que la coherencia es el resultado de toda investigación.

¹. Cf. Foucault, M. *Arqueología del saber*, México, Siglo XXI, pp. 235-238; 250. En la medida de lo posible, limito mis referencias a esta obra.

Respecto al segundo grupo (el de los discursos triviales y masivos), la historia se manifiesta como inercia, pesadez, lenta acumulación del pasado o sedimentación tediosa de las cosas ya dichas. En estos casos no se admite la originalidad, sino la extensión del discurso con sus canales de derivación y de circulación; se restablecen las solidaridades olvidadas y se subrayan las relatividades de tales discursos. La historia, entonces, relata “la caída progresiva de lo original en lo tradicional” y las “reapariciones de lo ya dicho” como “puestas de nuevo al día de lo originario”, pero siempre manteniendo un análisis bipolar que separa lo nuevo de lo antiguo.²

En ambos casos, siguiendo la línea, la contradicción en los discursos, lejos de entenderse como fundamental y como *objeto* a describir, es considerada ilusión de una unidad que se esconde o que está escondida y que hay que suprimir, puesto que -siempre a juicio de este estudioso- ocultar la contradicción es una de las formas de homogenizar el discurso.³ Esencialmente, para Foucault, ese modo de construir la historia, en series de multiplicidades determinadas, hace posible, tal y como la imaginaron los filósofos, una historia “a la gloria del sujeto”, sea este individual o colectivo. De modo que el constructo “sujeto”, que se consolidó con la modernidad pero que había nacido -a su juicio- siglos antes, cuando los individuos se reconocieron a sí mismos como “sujetos de(l) deseo” que debían (auto)controlar, es solidario de un modo de “hacer” la historia.⁴ Foucault desestima, pues, esta forma de “hacer la historia” y propone que, en sentido estricto, sólo la *arqueología* puede dar una respuesta y “hacer una historia distinta de la que los hombres han hecho hasta ahora”, con las consecuencias del caso para la concepción de sujeto que le es solidaria.⁵

En efecto, la arqueología no toma en cuenta ni el “sujeto” ni el “estado de las cosas”. La descripción arqueológica abandona la historia en su concepción tradicional y rechaza sistemáticamente sus postulados y procedimientos. En cambio, propone proseguir las series, atravesar los niveles, franquear los umbrales, no contentarse nunca con desplegar los fenómenos y los enunciados según la dimensión horizontal o la vertical, sino formar una transversal, una diagonal móvil, en la que debe moverse el archivista-arqueólogo. De este modo -insiste Foucault- hay que conocer que

². Foucault, M. *op.cit.* pp. 236-238.

³. Foucault, M. *op.cit.* p. 252

⁴. Foucault, *El uso de los placeres*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1991, p. 8.

⁵. Foucault, M. *op.cit.* p. 233

“las grandes unidades” de estudio no son las obras, ni los autores, ni los libros, ni, por último, los grandes temas. ⁶ Por el contrario, es indispensable localizar las contradicciones y describir los espacios de disenso, ya sean extrínsecos, intrínsecos, o derivados.⁷ La arqueología trata precisamente de definir los discursos en su especificidad. Es, en este sentido, un análisis diferencial de las modalidades del discurso y define los tipos y las reglas prácticas discursivas que atraviesan las obras individuales, a las que a veces gobiernan por entero y dominan sin que se les escape nada; pero a las que a veces rigen sólo en parte.

Ahora bien, para Foucault, como dijimos, la concepción tradicional de la historia es solidaria con la noción de sujeto y se asienta en ella. Por ello, la arqueología supone tanto el rechazo a la historia como la prescindencia del sujeto. En efecto, no hace falta ser *alguien* para producir un enunciado, afirma Foucault. El enunciado ni remite a un *cogito* ni a un sujeto trascendental a la manera kantiana, ni a un *yo* que lo pronuncie, ni a un *espíritu de los tiempos* que lo conserve, lo propague o lo reemplace. El sujeto en Foucault es frásico o dialéctico, tiene la característica de la primera persona con la que se inicia un parlamento. En un enunciado, el sujeto es la función derivada de una función primitiva anónima; en la tercera persona es el “se dice”.⁸

En este sentido, el objetivo principal de Foucault es, como se sabe, mostrar que la subjetivación o constitución de la subjetividad es un efecto de la extensión primera y determinante de la gobernabilidad que se expresa en los discursos. Por tanto, el sujeto está creado por el poder, es decir, por el conjunto de mecanismos objetivantes de la normalización.

De modo que, según Foucault, para cada enunciado existen *emplazamientos* de sujeto, es decir, variables. Pero, precisamente, porque individuos diversos pueden ocuparlos en cada caso, el enunciado es el objeto específico de un cúmulo, de un *stock*, -según el efecto de la rareza o escasez- que se conserva, se transmite o se repite en un enunciado. Y por “enunciado” el pensador francés entiende un conjunto de núcleos de poder, “un conjunto de relaciones de fuerzas entre las letras del alfabeto”.⁹ De modo que el enunciado es una función que cruza un dominio de estructuras y de unidades posibles, y las hace aparecer con contenidos concretos en el tiempo y en el

⁶ Foucault, M. *op.cit.* p. 227

⁷ Foucault, M. *op.cit.* parte iv, cap. iii.

⁸ Deleuze, G. *Foucault*, Buenos Aires, Paidós, 1987, p. 41.

⁹ Foucault, M. *op.cit.* p. 145

espacio. El enunciado se conserva, pues, a sí mismo en su espacio, y vive en la medida en que ese espacio subsiste o es reconstituido.¹⁰ El “se habla”, entonces, es un murmullo anónimo que adquiere un cierto aspecto según el *corpus* considerado.¹¹ En el “se habla” toman posición las palabras, las frases y las proposiciones que, al dispersarse y distribuirse en el espesor del lenguaje, conforman los enunciados. Si los enunciados se distinguen de las palabras, de las frases o de las proposiciones es porque comprenden en sí mismos, como sus derivadas, las funciones de sujeto, las funciones de objeto y las funciones de concepto. Consecuentemente, Sujeto, Objeto y Concepto sólo son funciones derivadas de la primitiva o del enunciado.¹²

No hay, por tanto, referencia a un *cogito*. Foucault no considera pertinente la cuestión de quién habla, bien que se manifieste o se oculte en lo que dice, bien que ejerza, al tomar la palabra, su libertad soberana, o se someta sin saberlo a compulsiones y determinaciones. El análisis, de hecho, se sitúa en el nivel del “se dice”. Ahora, el “se dice” no debe entenderse como una especie de opinión común, de representación colectiva que se impone a todo individuo; no debe entenderse tampoco como una gran voz anónima que habla necesariamente a través de los discursos de cada cual. El “se dice” es el conjunto de las cosas dichas, de las relaciones, de las regularidades y de las transformaciones que pueden observarse en ellas. Es el dominio en que ciertas figuras y ciertos entrecruzamientos indican el lugar singular (el doblez) en que un sujeto parlante puede recibir el nombre de “autor” aunque, en verdad, “no importa quién habla”.¹³ La instancia de sujeto creador, en tanto que razón de ser de una obra y principio de su unidad, le es ajena. La arqueología es una reescritura; es decir, en la forma mantenida de la exterioridad, es una transformación pautaada de lo que ha sido y se ha escrito; es la descripción sistemática del discurso objeto.¹⁴

Ahora bien, la concepción foucaultiana, como sabemos, sostiene que una institución implica enunciados (constitución, reglamentos, normas, leyes, etc.) y los enunciados remiten a instituciones sin las cuales ni podrían formarse los objetos que surgen en tales localizaciones, ni los sujetos que hablan desde un cierto emplazamiento (por ejemplo, la posición del médico

¹⁰. Deleuze, G. *op.cit.* p. 30.

¹¹. Deleuze, G. *op.cit.* p. 44.

¹². Deleuze, G. *op.cit.* p. 35.

¹³. Foucault, M. *op.cit.* p. 207-208.

¹⁴. Foucault, M. *op.cit.* p. 234-235.

en el hospital, del escritor en la sociedad, etc.).¹⁵ Por tanto, así entendido, el sujeto es un emergente del discurso y está literalmente sujeto a él. De modo que, desde este punto de mira, el sujeto lejos de tener posición constituyente alguna, como quieren los modernos, en verdad para Foucault es el producto de las prácticas del poder-discurso que lo constituyen como el lugar de la resistencia y de la resignificación.

El sujeto, entonces, se conforma en el repliegue, en el doblez de la trama política de la tensión de poderes que da lugar al “se”. Se emplaza en la variable impersonal, en la superficie de emergencia que, conforme a las instancias de limitación y a las rejillas de especificación, fabrica el sujeto. Como mero emergente de las tensiones de poder, el sujeto está, en definitiva, instaurado y regido por éstos.

Desde luego, el sujeto no sólo es un emergente pasivo en el lugar de la variable que deja abierta la trama, sino que también es un cuerpo: el núcleo o polo de resistencia que constituye el aspecto activo de la emergencia. Por tanto, sólo hay en verdad “sujeto” si se dan ambos aspectos. Por así decirlo, debe haber un cuerpo que resista la inscripción del poder-discurso de la historia y una trama generada precisamente por ese poder-discurso que pergeñe el lugar de la emergencia, la variable, de ese sujeto, fabricado por / en dicha trama.

Ahora bien, está claro que semejante giro en la concepción y análisis del sujeto no podría pasar sin dejar consecuencias. Diversas líneas filosóficas y buena parte de la historiografía recogieron el desafío de pensar el sujeto en el espesor del discurso. Entre ellas, un sector importante del feminismo, que hasta entonces se había movido más o menos (in)cómodamente en el cauce trazado desde Olympe de Gouges y Mary Wollstonecraft hasta Simone de Beauvoir, abrazó la causa de la inscripción lingüística de los/las sujetos, dando inicio tanto a la difícil alianza entre el feminismo y el postmodernismo como a una renovación en los temas y modos de la reflexión feminista y sus consecuencias. Y dada la radicalidad y la originalidad de algunas de sus derivaciones resulta filosóficamente interesante examinarlas.

En un artículo ya clásico, Jane Flax, como sabemos, afirma que el feminismo y el postmodernismo tienen un número relevante de aspectos en común por lo que cabe considerar la teoría feminista una forma más del análisis postmoderno. Según esta estudiosa, el feminismo puede unánimemente adoptar sus principios como fundamento puesto que ambos

¹⁵. Deleuze, G. op.cit. p. 36.

critican las estructuras profundas de la sociedad y ciertas formas restrictivas de pensamiento. A su vez ambos aplican con singular éxito el método de la sospecha a los modos de pensar modernos, a los que tachan de lineales, teleológico, insuficientes, restrictivos, jerárquicos, binarios y polarizantes.¹⁶ Dada esta interpretación, un número cada vez mayor de estudiosas intenta adaptar a la causa de las mujeres el postmodernismo, pues se le presenta como el recto camino a seguir. Pero postmodernismo y feminismo adoptan diversas actitudes y formas. A veces se los concibe, en oposición a la modernidad, como el conflicto entre los modos nuevos y los antiguos, sean filosóficos, culturales, vindicativos o económicos, caracterización que excede los métodos filosóficos para convertirse en un cúmulo de problemáticas y de estilos más o menos identificables y redundantes enmarcados en un ethos que algunos caracterizan como del advenimiento de la era *delle donne*. En esa línea de pensamiento, algunas teóricas consideran que la escisión del sujeto hegemónico y la emergencia de la noción de diferencia facilitan la comprensión del modo propio de ser de las mujeres y de su condición. Por el contrario, otras teóricas, como es el caso de D. M. Tress, sostienen que el postmodernismo no permite una comprensión acabada de las mujeres porque, en principio, niega la profundidad del yo, minimiza las bases teóricas más firmes de sus legítimos reclamos, desestima la relevancia de la razón y se ocupa de cuestiones “de superficie”¹⁷. Así mismo, las pensadoras de esta línea consideran que el debilitamiento del yo o, más precisamente, la insistencia de algunas filósofas en un yo (= sujeto) “emergente”, “pulverizado”, “escindido”, “excéntrico” o “paródico”, se funda en el error de creerlo originariamente un constructo masculino por excelencia, y no una categoría universal que debe reconocerlas como tales.

En verdad, el gozne sobre el que parece girar la reconsideración del feminismo postmoderno del problema del sujeto-mujer bien podría resumirse argumentativamente del siguiente modo: 1) El discurso es falocéntrico (Jacques Derrida); 2) En tal discurso sólo pueden emerger sujetos varones (Susan Bordo) y mujeres “femeninas” construidas por (en) los discursos institucionales (heterosexualidad, domesticidad, etc. Adrienne Rich); 3) El verdadero lugar de la mujer es, pues, “en” el silencio porque la mujer no es sujeto de semiosis (Teresa de Lauretis); 4) Las mujeres sólo pueden rechazar

¹⁶. Flax, J. “Posmodernism & gender relations in feminist theory” *Signs*, 12, 1987.4.

¹⁷. Tress, D.M. “Comments on Flax’s Posmodernism & Gender relations in feminist theory” *Signs*, 14, 1988. 1. Cfr. también Kruks, S. “Gender & subjectivity: Simone de Beauvoir and Contemporary Feminism” *Signs*, vol. 18, 1992, 1.

el lógos (masculino) y reconocer que 5) No es posible establecer un sujeto-mujer pues es una contradicción en los términos (S. Bordo), o 6) establecer (a) una nueva lógica (Luce Irigaray), (b) un nuevo orden simbólico (L. Muraro), (c) una nueva concepción del sujeto (i) nómada (Rosi Baidotti), (ii) paródico (Judith Butler), (iii) excéntrico (de Lauretis)¹⁸. Esta esquemática y obviamente extrema simplificación me permite enmarcar, sin embargo, el examen que pretendo realizar de este trabajo. En efecto, me interesa revisar la lectura que Judith Butler realiza de algunos aspectos de la obra señera de Simone de Beauvoir, *El segundo Sexo*, en especial respecto de la cuestión del “hacerse mujer” y sus implicancias. La polémica ha tomado nuevos cauces al cumplirse el cincuentenario de la publicación de la obra, y puesto que muchas estudiosas cuestionan la pertinencia del pensamiento postmoderno para la teoría feminista vale la pena revisar algunos de sus aspectos. Paralelamente, si bien la crítica de Butler es interesante para el feminismo en general, lo es más aún para la filosofía por cuestiones ontológicas que plantea respecto de la noción de sujeto, la materialidad no sustantiva, la prioridad olvidada del cuerpo propio, y sus derivaciones. En las páginas que siguen sólo abordaré algunas de estas importantes cuestiones.

2

El surgimiento en Estados Unidos de la Teoría Sexual Postmoderna en la década de los 90's desestabilizó la categoría de “diferencia sexual”, tal como se desarrolló en la década de los '70 en Francia, de la mano, entre otras, de la psicoanalista lacaniana Luce Irigaray. Por cierto, las teorizaciones que se formularon a partir del concepto de “la institución de la heterosexualidad compulsiva” (Adrienne Rich, siguiendo en parte a Foucault) impactaron sensiblemente en diversos campos de estudio y dieron por resultado -en palabras de Judith Butler- un renovado interés por la distinción sexo/género y su fundamentación ontológica. Algunas teóricas desafiaron la estabilidad del concepto de sexo binario (o de dimorfismo sexual) y generaron “categorías indentitarias transgenéricas”. De modo que las categorías de sexo y de género fueron consideradas menos idóneas para dar cuenta de diferencias sexuales binarias monolíticamente sustentadas. Las diferencias discursivas fueron examinadas minuciosamente a fin de crear nuevas

¹⁸. Consigno solamente los iniciadores o las figuras más representativas de cada posición.

cuestiones filosóficas vinculadas a la materialidad de los cuerpos y de su sexo, ahora entendido bajo construcciones más fluidas.

En este contexto, Judith Butler es quizá una de las filósofas radicales más representativas e influyentes de las nuevas concepciones. En efecto, su comprensión de la noción de género, y del esencialismo que a su juicio conlleva, como la primera categoría que debe caer bajo sospecha, la instaron a reconocer *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir como una obra precursora en el uso de esta herramienta conceptual. Desde esta lectura, y conjuntamente con su peculiar comprensión del existencialismo beauvoiriano, Butler actualiza una vieja polémica vinculada con el problema de la mujer-sujeto. En este trabajo, intentaré, en primer lugar, mostrar que la configuración discursiva género/cultura que Butler adscribe a Beauvoir, a la manera de una clase natural, escapa en sus coordenadas fundamentales a la conceptualización de la filósofa francesa. Es cierto que posteriormente Beauvoir la suscribió, pero no parece haberlo hecho a la manera en que Butler la entiende, puesto que le atribuye desinterés, o incluso ignorancia, respecto de algunas dificultades que se siguen de su uso. Asimismo, Butler llega a algunas conclusiones sobre la concepción beauvoiriana de sujeto altamente controvertibles y que revisaré en segundo lugar. Según la interpretación de Butler, Beauvoir defiende una tesis tautológica de sujeto que da cuenta, entre otros, de una visión cartesiana del yo, una estructura egológica previa al sujeto, una serie de resabios ontológicos indeseables, una adhesión al sujeto universal abstracto, y por último, un fundamentalismo biologicista y sustantivo.¹⁹ Revisaremos a continuación con cierto detalle estas afirmaciones contundentes.

¹⁹. Trabajos de Judith Butler sobre Simone de Beauvoir: "Sexo y género de Simone de Beauvoir" [1978] Mora, 4, 1998; *Gender Trouble: Feminism and the subversion of identity*, New York, Routledge, 1990; "Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig, Foucault" [1987]. En: Benhabib, S & Cornell, D. *Teoría feminista / Teoría crítica*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990; "Problemas de Género: Teoría feminista y discurso psicoanalítico" [1990], En: Nicholson, L. (ed.) *Feminismo/Postmodernismo*, Buenos Aires, Feminaria Editora, 1992. Sobre la lectura que Butler hace de Beauvoir, cf. Kruks, S. "Gender and Subjectivity: Simone de Beauvoir and Contemporary Feminism" *Signs*, 18; 1992; Femenías, M.L. "Butler lee a Beauvoir: algunas observaciones" *Revista de Filosofía y Teoría Política*. Número especial, La Plata, 1999; "Butler reads Beauvoir: some misunderstandings" En: *Cinquantenaire du Deuxième Sexe*, Ministère de la Recherche et de l'Éducation, Paris, enero, 1999. También, Zita, J. "Sexuality" En: Jaggar, A. & Young, I.M. *A Companion to Feminist Philosophy*, London, Blackwell, 1998, pp. 316-7; López-Pardinas, M. T. "El feminismo de Simone de Beauvoir" En: Amorós, C. (comp.) *Historia de la Teoría Feminista*, Madrid, Universidad Complutense, 1994, pp. 107-124, también "Simone de Beauvoir: un hito clave de una tradición" Inédito, gentileza de su autora y de Amalia González Suárez.

La producción de Judith Butler entre 1986-1996, se caracteriza -como se sabe- por dislocar ciertas herramientas conceptuales del feminismo filosófico para superarlo.²⁰ En ese contexto, su examen de la obra de Simone de Beauvoir ocupa un lugar relevante. Ahora bien, como adelantamos, en su análisis atribuye a Beauvoir la utilización implícita de la categoría de género, de cuya adopción se seguiría -a su juicio- una indeseable concepción esencialista del sujeto-mujer.²¹ Por tanto, recordemos primero las líneas fundamentales de la concepción beauvoiriana del sujeto-mujer para, luego, examinar la crítica que Butler le formula.

Ahora bien, suele reconocerse que *El Segundo sexo* de Simone de Beauvoir es la obra más significativa de la teoría feminista del siglo XX. Abre su planteo con la famosa pregunta “Qué es una mujer”, y desde el marco conceptual de la moral existencialista, responde que “no se nace mujer, se llega a serlo”, porque todo sujeto se realiza concretamente a través de sus proyectos como una trascendencia que no alcanza su libertad sino por su continuo sobrepasar las libertades de los otros.²² Es decir que “ser” es “llegar a ser” (devenir), donde el drama de las mujeres consiste en su situación paradójica: el conflicto que se genera entre las reivindicaciones esenciales de los derechos que posee como cualquier otro sujeto y el mundo de los varones que le impone asumirse como lo Otro, lugar en el que se pretende fijarla en la inmanencia, en la facticidad que la construye como inesencial, como un objeto.²³

Asimismo, como las teóricas europeas de la Diferencia Sexual, Beauvoir afirma la existencia básica de dos sexos, centrándose en las peculiaridades de las situaciones de sujeto masculino y femenino, respectivamente. De modo

²⁰. En virtud de su problemática, excluyo: *Excitable Speech: a Politics of the Performative*, New York, Routledge, 1997 y *The Psychic live of Power: Theories of Subjection*, Stanford University Press, 1997.

²¹. Nicholson considera que las feministas anglófonas comenzaron a utilizar “Género” de modo técnico a finales de los ‘60s. Cf. Nicholson, L. “Gender” En: Jaggar-Young (1998) pp. 289-297. Sobre su uso en Beauvoir a partir de la década de los ‘70, cf. López Pardinas, M.T. “Simone de Beauvoir y el feminismo posterior. Polémicas en torno a *El Segundo Sexo* [1998] inédito (Gentileza de A. González Suárez).

²². “Qu’est qu’une femme?” de Beauvoir, S. *Le deuxième sexe*, Paris, Gallimard, 1949 (1976). p. 31. (Hay traducción castellana, Buenos Aires, Siglo XXI, 1978).

²³. *Idem*. p. 31; Amorós vincula esta situación a la afirmación de Kierkegaard “lo inesencial es en ella lo esencial” [inédito].

que el sexo, que es un hecho biológico, no denota sólo un episodio cronológico en la historia de los humanos, como muy bien reconoce respecto a sí misma.²⁴ Con todo, el sexo es sexo vivido culturalmente y la escisión sexo/género, entendida en paralelo a la dicotomía naturaleza/cultura, parece difícilmente sostenible. Por ello, Beauvoir, a diferencia de algunas de sus seguidoras, no ve en la función reproductiva de las mujeres un obstáculo para la realización de su libertad existencialista radical.²⁵ En tanto humana, la mujer comparte el *mitsein* propio de todo humano.²⁶ Sin embargo, evidentemente ninguna mujer puede de buena fe olvidar que lo es, porque nadie puede situarse más allá de su sexo.²⁷ Porque el cuerpo es el locus de las experiencias vividas concretamente, el cuerpo no es, en consecuencia, el cuerpo objeto de la descripción de la ciencia sino el cuerpo sujeto de cada cual, es decir, el cuerpo “en situación”.²⁸

En consecuencia, Beauvoir, ante su propia pregunta: ¿Qué es una mujer?, se pronuncia desde la perspectiva de la moral existencialista y responde que una mujer no nace, se hace.²⁹ En efecto, ser es haber devenido, es haberse hecho tal cual cada uno se manifiesta, es haberse elegido.³⁰ Pero, por oposición, a juicio de Beauvoir, lo que define de una manera singular la situación de la mujer es que, siendo una libertad autónoma, como todo ser humano, se descubre y se elige en un mundo donde los varones le imponen que se asuma como lo Otro, con la pretensión de fijarla en inmanencia.³¹ De esta situación paradójica quiere dar cuenta la filósofa francesa apelando a la “situación” que constriñe a las mujeres de diverso modo y en mayor medida a los varones. Es a partir de este reconocimiento que Butler identifica a Beauvoir con el uso de “género”, como examinaremos más adelante. Bástenos, por ahora, esta breve síntesis para recordar los aspectos fundamentales de la posición de Beauvoir que Butler critica.

²⁴. Braidotti, R. “Sexual Difference Theory” En: Jaggar, A. & Young, I. (1998), p. 298-306. Irigaray sigue en este punto a Beauvoir, pero a través de sus herramientas conceptuales posestructuralistas y lacanianas.

²⁵. Por ejemplo, Sulamith Firestone en *La dialéctica del sexo* (1973). López-Pardinas, art.cit. Me distancio aquí de mi interpretación en [1999] art.cit.

²⁶. Beauvoir (1976) p. 17, 19, 32.

²⁷. *Idem*, p. 13.

²⁸. *Idem*, p. 78.

²⁹. *Idem*, p. 24.

³⁰. *Idem*, p. 20.

³¹. *Idem*, p. 89.

a) Una teoría voluntarista de Género

Rosi Braidotti describe la recepción norteamericana de las teorías postestructuralistas de la diferencia sexual en términos de “desconexión transatlántica”, que ahora reinterpretaré como “desconexión butleriana”. En principio, a mi juicio, Butler básicamente no pretende comprender las nociones fundamentales de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, sino que, contrariamente a lo expresado en sus artículos, las toma como punto de partida para examinarlas desde su propio interés postmoderno a fin de fundamentar su concepción discursiva del sujeto. Por esta razón, como veremos más adelante, le atribuye a Beauvoir tanto una teoría implícita de género como, en su concepción de sujeto-mujer, resabios ontológicos y esencialistas.

Sin embargo, esta interpretación de la obra de Beauvoir, tan ampliamente difundida como escasamente fundamentada, se aceptó de modo más o menor acrítico en un círculo amplio de pensadoras norteamericanas, algunas de las cuáles se auto-declaran (post)feministas y (post)estructuralistas. No obstante, aunque en general no comparto las críticas de Butler a Beauvoir, reconozco en ellas las agudas implicaciones de sus análisis. Esto significa que, si bien en última instancia su crítica es más bien externa y la usa como punto de apoyo para su propia conceptualización teórica de una materialidad no sustantiva, que rompa el sistema binario de sexo-género, su propuesta de una Teoría Performativa del Género es lo suficientemente interesante como para llamar la atención por sí misma, y aunque analizarla minuciosamente excede las posibilidades de este trabajo, más adelante me referiré brevemente a ella.

Ahora bien, volviendo a las críticas de Butler, nuestra filósofa sugiere que en la afirmación “no se nace mujer, se llega a serlo” hay una construcción de “género” en un sentido fuertemente voluntarístico.³² Por tanto, en su interpretación, ser mujer implica un acto de voluntad, una construcción que designa la variedad de modos en los que puede adquirirse el significado cultural o la inteligibilidad del proceso de autoconstrucción del género que se llega a ser, es decir, en palabras de Butler, la ficción fundamentalista que respalda la noción de sujeto.³³ Pero, si nada designa la identidad fija de las “mujeres” como aquello que las “hembras” (female) llegan a ser, Butler sugiere que en Beauvoir “ser una mujer” es una interpretación cultural del cuerpo

³². Butler (1986), p. 36. Amorós y López Pardinas aceptan que, en esta obra de Beauvoir, puede hablarse de “género” *avant la lettre*.

³³. Butler (1990), p. 3-5.

hembra, donde el cuerpo sería sólo el locus arbitrario de “ser mujer” en términos de género.³⁴

Es decir que en la interpretación de Butler llegar a ser “mujer” es un proceso propositivo de auto-construcción y de apropiación de un conjunto de actos y de habilidades, que encuadra en el concepto de “proyecto” sartreano, a la manera de la asunción de un cierto estilo y de ciertos significados corporales.³⁵ Supone el “llegar a ser” como un trabajo consciente de incardinamiento (*embodiment*) y, aunque utiliza categorías sartreanas para fundamentar su interpretación, las resignifica como una especie de tarea que expresamente se propone llevar adelante una especie de sujeto (¿?) “pre” genérico, razón por la que adjudica a Beauvoir casi su propia concepción voluntarística del género en términos de un proceso auto-reflexivo, previamente determinado por el sistema político representacional.

Aunque, para Butler “representación” es una noción controvertida que merece ser aclarada, ya que foucaultianamente se la puede considerar de dos modos. En primer lugar, a) sirve como término operativo del proceso político que intenta extender la visibilidad y la legitimidad a las mujeres como sujeto político, pero, además, en segundo término, b) se refiere a una función normativa del lenguaje que revela o distorsiona lo que se asume como verdadero de la categoría “mujeres”. Igual para la categoría “varones”. Es decir que, para Butler, las instituciones operan en el segundo sentido normativizando a los individuos de uno y otro sexo en función de categorías a priori, donde los discursos institucionales constituyen a los individuos mujeres que desean tener.

Para Butler, entonces, el dominio de la representación política y lingüística establece por adelantado el criterio según el cuál los sujetos mismos se conforman, con el resultado de que más tarde la representación política sólo se extenderá a aquellos en tanto que sujetos formados (o contruidos) según las normativas que se imprimen a la manera de moldeadoras del deseo. Es decir que la representación de quien debe/puede ser sujeto es anterior a los sujetos mismos que representará -en el discurso

³⁴. Butler (1986), p. 37. Recuérdese que en inglés *female* designa tanto “hembra” como “mujer”.

³⁵. “process of constructing ourselves /.../ is a purposive and appropriative set of acts, the acquisition of a skill, a “project” to use Sartrean terms, to assume certain corporal style and significance”, Butler hace de Beauvoir una seguidora acrítica del existencialismo de Sartre. Cf. Butler (1986), p. 36; para discutir esta interpretación, cf. López Pardini, [1998], especialmente, pp. 46 y sig.

falogocéntrico, los varones- en el sentido foucaultiano de que los sistemas jurídicos de poder producen los sujetos que consecuentemente vienen a representar.³⁶ Esta interpretación, como vemos, pone en cuestión al menos dos conceptos que en este trabajo nos interesan especialmente: a) el de “representación”, al que nos estamos refiriendo someramente; y b) el de “mujeres”, como constructo propio del falogocentrismo, que revisaremos brevemente a continuación.³⁷

La categoría “mujeres”, como el sujeto que el feminismo viene a reivindicar, parece a primera vista la noción más obvia de la teoría feminista, que ha supuesto además que hay una “identidad” que se comprende a través de ella, y que constituye el sujeto de representación política en el sentido más amplio del término. No obstante, aplicando el método de la sospecha, Butler suscribe la pregunta de Beauvoir de qué es una mujer. Justamente, si bien Beauvoir se preguntó qué era una mujer, su respuesta -a juicio de Butler- no pudo superar las marcas del falogocentrismo. Es necesario tanto más que en la década de los '50 repetir la pregunta, y ello en virtud de que cada vez hay más ambigüedad entorno a términos como sexo, mujer, y género que -como veremos- carecen en Butler de sustento suficiente, al punto de que acaba por intercambiarlos. Ser “mujer”, por ejemplo, ¿constituye un hecho natural o una realidad cultural? se pregunta Butler.³⁸ Y concluye que la naturalidad está constituida a través de actos performativos que la constriñen discursivamente y que producen el cuerpo a través y dentro de las categorías de sexo binario. ¿Qué otras categorías fundantes de la personalidad sino el sexo binario, el género, el cuerpo sexuado, podrían mostrarse como producciones que crean el efecto de lo natural, lo originario y lo inevitable? En palabras de Butler, es necesario negar que un sujeto en la categoría mujer se pregunte y se plantee la cuestión del feminismo. Es necesario, en síntesis, negar el feminismo; para producir realmente un cambio es preciso adentrarse en el postfeminismo.

Ahora bien, la caracterización de Butler sólo define la regulación política de los sujetos de modo negativo a partir de sus determinaciones políticas, donde el sujeto mujeres resulta discursivamente constituido y naturalizado por el sistema político que lo conforma a partir del disciplinamiento de su deseo: es decir, haciendo que deseen lo que la sociedad espera que deseen.

³⁶. Butler (1990) p. 3. Foucault desarrolla esta tesis en *La verdad y las formas jurídicas* y *Vigilar y castigar*.

³⁷. Sin duda la teoría de Butler permite también criticar la noción de “varones”, pero ni ella ingresa en ese terreno ni es interés de este trabajo hacerlo.

³⁸. Butler (1990) p. 3.

Por ello, a juicio de Butler, al aceptar la filósofa francesa los términos y los límites del planteo falogocéntrico imperante, lejos de estar dándole batalla teórica, tal como ella suponía, lo reforzó. El sexo, o mejor dicho la sexualidad, debe reivindicarse, por tanto, rompiendo los moldes mismos de la representación política en términos de “mujeres” y de “varones” como sexos naturales, que sólo remiten, prescriben o circunscriben la cuestión en los términos de la inteligibilidad cultural de Occidente basada en el dimorfismo sexual.

Ahora bien, si para Butler el sujeto mujeres no puede entenderse en términos estables, ¿quién es el sujeto último de representación del feminismo? ¿Qué constituye o debería constituir la categoría mujeres y cómo? Nuevamente adscribiéndose a la concepción foucaultiana de poder, y defendiendo una concepción no sustantiva de la materia, Butler sostiene que el dominio de la representación política y lingüística establece a priori los criterios de identificación de los sujetos, por tanto, no hay que reclamar el ingreso a ciertas categorías (sujeto o ciudadano, por ejemplo, como ha hecho el feminismo moderno, y Beauvoir con él) sino que hay que quebrar, desbordar, desconocer los criterios mismos de la regulación política y de la representación; he ahí la tarea del postfeminismo.

La trampa en la que cayó Beauvoir, sentencia Butler, y con ella todos los contractualismos clásicos (liberales, marxistas o freudianos), es que suscriben, sin darse cuenta, un sujeto ahistórico y presocial masculino, fundamentalmente cartesiano, dual, que con su libre consentimiento a ser gobernado los garantiza.³⁹

Sin embargo, saber quién es el “sujeto” es crucial para la política feminista y ésta sí fue -según Butler- una pregunta válida de Beauvoir, aunque ignoró la fuerza performativa del género sobre el sexo. El género, como el sexo, se construye excluyendo ciertas posibilidades e invisibilizando otras, capturando la variabilidad en un sistema binario socialmente inmune a los prejuicios raciales, religiosos o de clase. Este efecto de permeabilidad contribuye involuntariamente a estructurar y sostener el status quo.⁴⁰

De modo que, en la interpretación de Butler, el “llegar a ser” beauvoiriano el propio género (según la inscripción del mandato social) debe ser entendido como un proceso tanto de aculturación como de elección que nos llevaría, en definitiva, allí donde siempre estuvimos. En consecuencia, Beauvoir se

³⁹. Butler (1990) p. 4.

⁴⁰. Butler (1990), p. 4 ss. Cf. Chanter, T. In Jaggard&Young (1998), p. 265.

quedaría “corta” en su formulación implícita de la noción de género, pues su concepciones es ambigua en la medida en que ignora aspectos performativos y citacionales y sólo favorece una falsa alternativa. El sistema criticado por Beauvoir y su proia crítica conforman ambos -a juicio de Butler- un todo hegemónico que sólo puede ser rechazado en su totalidad. Para Butler, las mujeres se liberarán si y sólo si, tras su rechazo a todo ese todo hegemónico, se reconocen como el lugar de la apertura y de la permanente resignificación desde lo alógico de la designación masculina, desde el lugar densamente poblado y periférico de lo abyecto. En este sentido, ni reconoce que Beauvoir de cuenta del peso social de la construcción de la autonomía del moi, ni que las mujeres sean sujetos “en situación”, una categoría que Beauvoir (no Sartre) acuña para explicar la particular posición que tienen en el mundo.⁴¹

En síntesis, la crítica de Butler a la noción de “género” abarca también la noción de “mujer”, puesto que entiende que Beauvoir define a las mujeres en tanto que poseedoras de una unidad “esencial” de significado. En efecto, en *Gender Trouble*, Butler sugiere que es posible trazar un paralelo entre el modo en que la filósofa francesa piensa el sexo y su tendencia a naturalizar o de proponer fundamentos biológicos inmutables a la categoría “ficcional” y “discursiva” de mujer. La idea de que una mujer es una unidad ficcional al servicio de un régimen opresivo falogocéntrico, lleva a Butler a sugerir que dicha categoría es una unidad esencial de significado que coacciona al individuo a fin de que cumpla con un comportamiento prescrito, tal que exhiba el significado del nombre que porta.

En otras palabras, nuevamente siguiendo a Foucault, Butler sostiene la idea de “mujer” como una unidad opera como fuerza de policía que regula y legitima ciertas prácticas y experiencias a la par que deslegitima otras. Incluso, sostiene que “mujer” como unidad situada en oposición a “varón” (=hombre) funciona a la manera de soporte normativo del status quo junto con la institución de la heterosexualidad compulsiva, noción que toma de Adrienne Rich. Las ideas de “mujer” y de “varón”, entonces, en la medida en que poseen unidad ontológica, significado unitario, y se definen onto/lógicamente una en oposición a la otra, fundamentan también la idea de deseo sexual como atracción (binaria) de los opuestos, y construyen el deseo sólo en un cierto sentido.⁴² En la medida en que para Butler no hay

⁴¹. Kruks 81992), p. 92. López-Pardinas, T. (1994) pp. 107-124, y (1998) p. 46 ss.

⁴². Cf. Adrienne Rich “Compulsory heterosexuality and Lesbian existence”, en Abel, E. & Aber, E.K. (eds.). *The Signs Reader*, Chicago University Press, 1983; Foucault, M. *Historia de la sexualidad*, México, Siglo XXI, 1977, vol. 1.

cuerpo sexuado anterior a la construcción falocéntrica de los significados, entiende que el proyecto feminista de Beauvoir, dado que asume la unidad (binaria) originaria, acaba por reproducir compulsivamente el orden social sexista existente, solidificando la misma opresión de las mujeres que dice denunciar.⁴³ Butler reprocha, pues, a Beauvoir haber bloqueado el análisis de género aceptando que el cuerpo de las mujeres supone el sexo como locus ontológico fijo.

Por ello Butler puede preguntarse si, en efecto, ¿un sexo dado deviene para Beauvoir necesariamente en un determinado género?⁴⁴ Y responde que, para la filósofa francesa, “ser mujer” es una interpretación cultural de “ser hembra” (female), de donde concluye que para Beauvoir un cuerpo hembra es, arbitrariamente, el locus del género mujer; obturando de antemano el derrideano devenir mujer. De modo que Butler interpreta el “llegar a ser mujer” como un proceso activo de apropiación, de interpretación y de reinterpretación, de auto-construcción de la identidad, y de adopción de un cierto estilo corporal, de un significado dado, asumido o encarnado propositivamente, y construido a partir del lenguaje falocéntrico. Por ello, aún cuando aceptáramos un uso *avant la lettre* de la noción de género en Simone de Beauvoir, esta explicación voluntarística que Butler le adjudica, a nuestro juicio, está ausente de su obra.

Con todo lo cual, el “llegar a ser” -siempre en la interpretación de Butler- registraría un cierto grado de ambigüedad, porque Beauvoir habría entendido al género como locus corpóreo de las posibilidades culturales tanto recibidas como innovadas. Según esta interpretación, “elegir” un género debería entenderse en Beauvoir como el incardinamiento de las posibilidades dentro de una red de profundas e intrincadas normas culturales. Ahora bien, la ambigüedad, y hasta la contradicción que Butler detecta, procede de que le atribuye a Beauvoir su propia concepción del género, lo que incluso la llevan a interrogarse por asuntos completamente ausentes en la filosofía francesa, como los mecanismos específicos de la construcción del género en los sujetos. Otra consecuencia del análisis de Butler es que considera redundante la excisión sexo/género, con lo que acaba por utilizarlos indistintamente.

En síntesis, tal como Butler la interpreta, una no nace mujer, llega a serlo, es la contribución más importante de Beauvoir, puesto que subrayaría la arbitrariedad y el artificio de la relación sexo/género. Sin embargo,

⁴³. Nicholson, L. In Jaggar & Young (1998), p. 293.

⁴⁴. Butler [1986], en Mora, 4.

recordémoslo una vez más, Beauvoir no reconoció este término sino hasta los años '70 y, en todo caso, difícilmente lo concibió tal y como Butler sugiere.

2) El residuo ontológico: de Descartes a Sartre

Dijimos que Butler atribuye a Simone de Beauvoir la concepción de que “elegimos” nuestros géneros; esto supone un rompecabezas ontológico. En efecto, si Beauvoir afirma que el género se “construye”, ello implica -según Butler- que existe un agente, una *res cogitans*, que se apropia del género desde un locus pre-genérico. Sin embargo, es imposible ocupar una posición fuera del género desde la cuál elegirlo. Y puesto que, siempre estamos generizada(o)s ¿qué sentido tendría decir que elegimos lo que ya somos? Butler concluye que la tesis no sólo es tautológica sino que, en la medida en que postula un agente que elige anterior al género elegido, adopta un punto de vista cartesiano, es decir sustancialista y dualista del yo, curiosa interpretación que denomina, con resabios ryleanos, el fantasma cartesiano en el cuerpo sartreano.⁴⁵

Beauvoir presupone -siempre en la interpretación de Butler- una estructura egológica previa la inscripción discursiva. Por tanto, si la conciencia precede al cuerpo y tiene un status ontológico separado de éste, Beauvoir no sólo mantiene la ambivalencia de la dualidad cartesiana mente/cuerpo sino que jerarquiza ambas entidades, en beneficio de la primera.⁴⁶ Por tanto, el “llegar a ser” un determinado género operaría como una especie de extensión y concretización de la fórmula sartreana del proyecto, que al traspasar la dimensión del cuerpo sexuado, Beauvoir habría recogido en términos de la analogía: lo natural es a lo cultural como el sexo al género, concentrado en el cuerpo la tensión del esfuerzo por radicalizar el programa sartreano al establecer una noción de libertad encarnada.⁴⁷ Por tanto, Butler concluye que Beauvoir ni evitó una concepción dual del ser humano, propia del pensamiento Occidental, ni se desprendió de un supuesto ontológico fuerte, que ella rechaza.

⁴⁵. Butler [1986], en Mora, 4, p. 11.

⁴⁶. Butler [1986]. Es fácil reconocer en este análisis los ecos de los trabajos de Spealman, F “Woman as body: ancient and contemporary views” *Feminist Studies*, VIII, 1, 1982 basado a su vez en la obra señera de G. Lloyd *The man of Reason: male and female in Western Philosophy*, New York, Cambridge University Press, 1976. Con sus tesis de la jerarquización mente = alma (conciencia)/cuerpo.

⁴⁷. Butler (1986), p. 39.

Ahora bien, críticas de este tipo llevan a Butler a abandonar la noción de “género”, como un modo contemporáneo de organización de las normas culturales pasadas y futuras y situarse uno(a) mismo(a) con respecto de esas normas, y adoptar la de cuerpo normado. Esto le permite caracterizar un estilo activo de vivir el propio cuerpo en el mundo. Por cierto, Butler aplica al texto de Beauvoir su propia definición de género con el interés, por un lado, de refutar el cartesianismo que ha detectado en ella y, por otro, de alcanzar la configuración de un agente real cuyo género sea paródico, según su propia propuesta superadora.

Convengamos, en favor de Beauvoir, que la figura de lo femenino (o de la mujer) es también para ella una elaboración cultural. Pero el paradigma que la guía es fenomenológico-existencial, por lo que parte de supuestos filosóficos diversos de los de Butler. En principio, si bien como sostiene Butler, en *El segundo sexo* puede verse el esfuerzo para radicalizar la implicación de la teoría de Sartre relativa al establecimiento de una noción incardinada de libertad, habría que tener en cuenta que precisamente de este instrumental existencialista -como advierte Amorós- se deriva *avant la lettre* la indistinción de sexo/género, que podemos entender como subsumidos en la noción de cuerpo “generizado”, es decir, vivido, experimentado.⁴⁸

Esto significa que Butler interpreta incorrectamente la noción de “hacerse”, en el sentido de que el género sería un proyecto, una elección impregnada de resabios cartesianos: un sujeto intencional tributario del modelo humanista que, siguiendo a Foucault, rechaza.⁴⁹ Butler reconstruye el problema en términos de ¿Cómo es posible que el género sea a la vez una construcción cultural y una elección desde un locus no-generizado?. Sin embargo, ante Beauvoir esta pregunta carece de sentido: las mujeres son existencia; el “eterno femenino” es una contrucción del mundo masculino que las heterodesigna como lo Otro en una relación que ni es recíproca ni simétrica con los varones. Esa es su peculiaridad irreductible: siendo libertad autónoma en tanto que humanas, quedan definidas como inesenciales, inmanencia y alteridad.

⁴⁸. Amorós (1999), p. 14.

⁴⁹. *Ibidem*.

3) El sustancialismo biologicista

En el planteo de Butler, la controversia sobre el significado de “construcción” del género parece fundarse en la polaridad filosófica convencional entre voluntad libre y determinismo, donde “el cuerpo” aparece tradicionalmente como un medio pasivo biológicamente determinado en el que se inscriben los significados culturales. Para Beauvoir, en la interpretación de Butler, la construcción es el instrumento a través del cual una voluntad interpretativa y apropiativa determina un significado cultural en sí mismo. En ambos casos, concluye Butler, el cuerpo se configura como el mero instrumento o medio de un conjunto de significados culturales relacionados con él sólo externamente. De ahí que Beauvoir pueda concebir a las mujeres como lo Otro.

De ahí también que Beauvoir acepte que nacemos con un sexo, que somos seres sexuados. Butler interpreta que el sexo es un atributo analítico del ser humano, pues no hay humanos no sexuados. “Ser sexuado” y “ser humano” son a su juicio coextensivos y simultáneos. Es decir, el sexo califica al ser humano como un atributo necesario. Entonces, si bien Butler reconoce que para Beauvoir el sexo, ni es causa del género ni puede entenderse como un mero reflejo o expresión de aquél, considera que yerra al aceptar que el sexo es inmutablemente fáctico.⁵⁰ En síntesis, Butler juzga insuficiente que el género se entienda como la variable cultural de la construcción del sexo y como posibilidad abierta a los significados que se inscriben en un cuerpo sexuado. Beauvoir fue incapaz de enfrentar este supuesto último: la deconstrucción misma del cuerpo. La propuesta de Butler de géneros paródicos, como imagen de la fantasía y lugar de lo abyecto, la requieren.

Ahora bien, Butler no parece tomar en cuenta, tal como su crítica a Beauvoir pone de manifiesto, algunas cuestiones. En efecto, “ser sexuado” y “ser humano” no son, en verdad coextensivos. “Ser sexuado” es más amplio que “ser humano” pues es analítico no como quiere Butler de “ser humano” sino de “animal” (a excepción de algunas especies inferiores partenogenéticas, como las lombrices de tierra). Malgré Butler, lo humano se inscribe, pues, en un espacio biológico más amplio. Beauvoir, más próxima

⁵⁰. Butler (1989) p. 8. Se pregunta ¿Por qué medios el sexo está dado? ¿Depende de la anatomía, las hormonas, los cromosomas, etc.? ¿Tiene historia? ¿Cómo se estableció el dimorfismo sexual? ¿En qué medida incide el discurso científico en su construcción? ¿En qué medida, en los seres humanos el sexo es prediscursivo, anterior e independiente de la cultura y, en ese sentido, políticamente neutro?

en este sentido a G. Fraisse, aceptaría que la diferencia de los sexos es primera, y por tanto, condición de todas las demás, pues es lo que el cuerpo humano tiene de más irreductible; un hecho biológico y social pensable sólo a partir de su empiricidad y en ese sentido, un límite, un hecho primitivo que no se transforma por el voluntarismo del pensamiento.⁵¹ Precisamente a esta concepción Butler (siguiendo a Kristeva) la considera el supuesto último de inteligibilidad de la cultura Occidental, y en tanto que supuesto, es menester deconstruirlo.

Por esta razón Butler es sumamente crítica respecto de la tendencia filosófica de Occidente de relegar el cuerpo a segundo plano o, lo que es peor, de “escribir” en su contra. Basándose en Lacan y en Foucault, y a la luz de su crítica a la institución de la heterosexualidad, intenta teorizar la manera en que los cuerpos se materializan como sexuados.⁵² Pretende ir más allá de los límites convencionales de las teorías construccionistas y considerar cómo se fabrica el vínculo entre el dominio de lo inteligible y el de la heterosexualidad.⁵³ Desde su punto de vista hiperconstructivista, pretende mostrar que el sexo binario es la norma regulatoria que cualifica el cuerpo de por vida, y que genera el dominio de la inteligibilidad cultural.⁵⁴ La identidad de sexo/género, sostiene Butler, es una realización constante, no una determinación fija de naturaleza biológica; es una construcción voluntaria: las convenciones por las que se designa “muchacha”, “gay”, “queer” son meras construcciones del lenguaje. Butler apeló a los recursos propios de la teoría de los actos del habla para dar cuenta de los mecanismos lingüísticos que producen (inscriben) lo normal y lo a-normal en los cuerpos, lo normal y lo extraño en los sujetos (queer). Se puede, entonces a juicio de Butler promover o interrumpir la producción de nuevos sujetos/cuerpos e identidades sexuales/sociales.⁵⁵

Ciertamente el concepto de performatividad que adopta Butler es útil, pero como es obvio no corresponde a Beauvoir. Para Beauvoir, todo sujeto es existencia, es decir proyecto. En palabras de Celia Amorós, en una

⁵¹. Fraisse, G. La diferencia de los sexos, Bs. As. Manantial, 1996. pp. 61 y ss.

⁵². El sexismo de Derrida y de Foucault ha sido cuidadosamente estudiado y criticado por Rosi Braidotti. Cf. *Nomadic Subjects*, New York, Columbia University Press, 1994. El de Lacan, por Luce Irigaray.

⁵³. Butler (1990), p. 80, siguiendo a J. Kristeva.

⁵⁴. Butler, J. *Bodies that matter*, New York, Routledge, 1993, p. 2 ss.

⁵⁵. Birke, L. In Jaggar & Young (1998), p. 200.

interpretación etimológica, se es pro-iaceo; se está lanzando más allá de sí hacia un ámbito de posibilidades abierto del que hay que ir apropiando, y que hay que ir realizando.⁵⁶ Esa realización se identifica con la constitución -en proceso- del propio ser, que se convierte de ese modo en nuestra responsabilidad más radical, somos la libertad más radical en un no coincidir jamás con nosotros mismos. Por tanto, mientras que Beauvoir es coherente con las abstracciones ilustradas, y representa la descalificación más radical de una interpretación determinista de la condición femenina, Butler, al optar como punto de partida por una posición postmoderna, se centra en el sexo entendiéndolo como performativo, discursivamente adscriptivo y resultado de una producción discursivo-cultural que hay que transgredir.

Ahora bien, se preguntaría Beauvoir, ¿cuáles son los límites de la performatividad? ¿Es posible moldear los modos en que los cuerpos trabajan en su interior?⁵⁷ Precisamente, Butler reconoce la importancia de la influencia de Merleau-Ponty en la concepción beauvoiriana de cuerpo como una existencia histórica y cultural, particularmente en su aspecto sexual. En efecto, ambos filósofos franceses consideran la sexualidad como coextensiva con la existencia, no un aspecto aislado de la esfera de los instintos naturalmente dado. No obstante, a juicio de Butler, la explicación de Beauvoir del cuerpo sexuado se basa en una descripción del cuerpo heterosexual masculino, a pesar de que repita frecuentemente que se refiere a “sus experiencias vividas”. En este aspecto, Butler supone que la influencia de Merleau-Ponty sesga sus análisis, llevándola a institucionalizar el cuerpo en unidades discretas binarias “varón” o “mujer” de modo excluyente. Este resabio biologicista la ata al esencialismo: Beauvoir no duda que el cuerpo es el límite, la esencia o el campo en el que se interpretan las posibilidades dialécticas de la historia inscrita en él.⁵⁸ En Beauvoir, si bien el dato biológico está sujeto a un sistema interpretativo no-natural, puesto que el cuerpo como un “hecho” natural no existe nunca, no puede ser encontrado “puro” sino situado como el locus de las interpretaciones culturales, de todos modos, en palabras de Butler, es un “cuerpo tabú” porque no se desafían sus límites.⁵⁹ Por tanto, dado que Beauvoir no desafía la noción de cuerpo sexo/natural, queda apresada en los usos de la política falogocéntrica que fundamenta la discriminación a partir de la elección del “objeto del deseo” en términos de

⁵⁶. Amorós (1999) p. 5.

⁵⁷. Birke, L. In Jaggar & Young (1998), p. 200.

⁵⁸. Butler (1986), p. 45.

⁵⁹. Butler (1986), p. 46.

reconocimiento anatómico de la diferencia binaria. Esto implica para Butler no sólo la aceptación de la norma sino también su implícita complicidad con el paradigma falocéntrico. El dimorfismo biológico sigue siendo el significativo cultural de sus herederas europeas (Irigaray, Hérítier, Muraro, Fraisse, etc.), y su perspectivismo, o situacionismo, no recupera al propio cuerpo (y su sexo) como una construcción cultural más.⁶⁰ En síntesis, Judith Butler emprende su lectura de *El segundo sexo* con sus propias herramientas postmodernas, haciendo caso omiso de la descripción fenomenológica del cuerpo sexuado y de la moral existencialista que Beauvoir pone en juego.

4) Cuerpo, sujeto y narrativa

En la línea de Foucault, para Butler el cuerpo recibe la inscripción narrativa de la historia y se constituye en un cuerpo sexuado que soporta los modos institucionalizados de control y de dirección o disciplinamiento del deseo, como formas niveladoras morales homogenizantes. No se trata, pues, de una simple modificación de las estructuras normativas, sino más bien del rechazo a toda y a cualquier estructura normativa, incluida la del sujeto, posición que parece desembocar per se en una negación a toda forma de institucionalización.⁶¹ Butler sostiene que el sujeto es la norma o el rasero que sólo algunos varones están en condiciones de alcanzar, por diferentes razones (clase, etnia, religión), y ninguna mujer. En ese sentido, el lugar de lo abyecto -Butler sigue a Kristeva- no es el lugar inhabitable e invivible, sino la zona social más densamente poblada por quienes no disfrutaban del status de sujeto (en principio la(o)s no-varones), pero que, paradójicamente, definen su dominio. De modo que la trama de poder que constituye al sujeto moderno no da lugar a la igualdad, sino, por el contrario, trivializa los signos materiales de la diferencia al convertirlos en la ecuación diferencias en la igualdad, normalizando de ese modo la intensidad, la dirección y la capacidad autorregulativa del deseo.

El reconocimiento butleriano de las tecnologías, que operan como fuerzas exógenas para fabricar sujetos empíricos, lleva a reconocer al menos las siguientes alternativas: a) homologación del sujeto masculino; b) rechazo de la construcción "sujeto" por ser masculina y de imposible acceso a las mujeres; c) constitución de un sujeto-mujer; d) construcción de posiciones

⁶⁰. Butler (1986), p. 48.

⁶¹. Parafraseando libremente a Kant, podríamos preguntarnos si puede una paloma volar sin la resistencia del aire.

de sujeto diversas. Butler atribuye a Beauvoir la alternativa (a) y propone a partir de (b) una variedad (d) que denomina géneros paródicos.⁶² Por nuestra parte, consideramos que Beauvoir si bien suscribiría (b) como Butler, se adscribiría a la alternativa (c). Ahora bien, Butler entiende que Beauvoir reconoce necesaria y exclusivamente al sujeto en términos de un a) yo abstracto, carente de ataduras, sin historia ni referentes, a la vez que b) varón sin más, clase media, blanco, etc. y, al mismo tiempo, c) sustantivo. Sin embargo en Beauvoir, la categoría de sujeto provee de un constructo que permite el reconocimiento formal de los sujetos concretos (como fenómeno existencial), constreñidos ineludiblemente por su génesis histórica. Una vez más, comprobamos que el punto de partida de ambas filósofas es radicalmente diverso. Para Butler, como los sujetos en general se desarrollan primero como discurso y en una cierta literatura, y, luego, como la figura retórica que conduce y encauza el deseo, mostrando así la inscripción de la historia en sí mismos, son las relaciones del poder/discurso las que en última instancia los fabrican como tales.

Ahora bien, Butler sugiere que si para Beauvoir las mujeres son lo Otro, el negativo del varón, la carencia, el contraste con la identidad masculina, donde se diferencian en el marco de sujeto-significante (= varón) como Otro-significado (= mujeres), éstas en el esquema beauvoiriano están falsamente representadas, porque el significado pone de manifiesto una estructura de representación por completo inadecuada.⁶³ En efecto, en la economía de significados descripta, en la que lo masculino cierra el estrecho círculo de significativo y significado, el sujeto-mujer no se puede representar. Esta conclusión es similar a la de Beauvoir: al superponerse el universal y el masculino las mujeres están fuera de la representación.

Sin embargo, Butler enjuicia severamente el sujeto-mujer por el que lucha Beauvoir, puesto que sólo se trataría de un sujeto existencial en términos de universalidad abstracta. Entonces, si bien reconoce que la filósofa francesa defendió a las mujeres, su crítica al sujeto epistemológico masculino, abstracto y descarnado fue insuficiente. En verdad sólo habría sugerido que el género “mujer” es una variable cultural adquirida, aunque al defender un sujeto universal abstracto, desvinculado de la materialidad del cuerpo, pretendió sin lograrlo romper la ecuación sujeto universal igual masculino.

⁶². Butler toma la noción de que ciertas tecnologías producen al Yo de Foucault. Cf. Foucault, M. *Tecnología del yo*, Barcelona, Paidós, 1990; pp. 45 ss. También *Hermeneítica del sujeto*, Madrid, La Piqueta, 1994.

⁶³. Butler (1990), p. 3-4.

Butler sostiene, en cambio, que lo que constituye la persistencia del cuerpo, sus contornos, sus movimientos, es lo material, pero la materialidad debe pensarse como un efecto del poder, como su efecto más productivo. No hay modo de comprender el género como una construcción que se impone a la superficie de la materia, entendida como el cuerpo y su sexo dado. Por tanto, su propuesta es deconstruir los sujetos y su materialidad, pues es una resultante de la singular relación sexo/género/deseo. Y dado que la retícula que constituye al sexo es la misma que la que constituye al sujeto, pues depende del sexo binario, Butler toma el-sexo-que-no-es como punto de partida de su crítica, en principio, a la noción de representación como ya vimos, y, en segundo lugar, en terminología nietzscheana, a la “metafísica de la sustancia”, que estructura la noción misma de sujeto y la de identidad.⁶⁴ Una vez que se han roto las cadenas de las determinaciones discursivas binarias, sobrevendrá -según Butler- la proliferación paródica de los sexos / géneros / sujetos / cuerpos dinámicos e inconstantes. Esta atomización, que favorece positivamente la diversidad genérica, deja, sin embargo, a cada una/o librando su propia y única batalla individual de una vida estetizante, de una construcción paródica de sí. Justamente, si este fuera el caso no vemos cómo, sin algún tipo de constructo general, formal, abstracto, vacío, legitimar el reconocimiento político, social o legal, de tales individuos; ¿puede un artificio flotante (floating artifice) dar suficiente cuenta del problema?⁶⁵. Estos interrogantes merecerían, en verdad, otro trabajo.

4

Volviendo al diálogo Butler-Beauvoir, podemos entenderlo como una suerte de paradigma de las lecturas que la postmodernidad hace de la modernidad. En este sentido, ambas filósofas constituyen radicalizaciones del modo de pensamiento que representan, por eso su polémica -si se me permite utilizar el término haciendo caso omiso de la imposibilidad fáctica de la misma- es representativa no sólo de los debates contemporáneos dentro del feminismo en torno de la cuestión del sujeto, sino dentro de la filosofía en general, fundamentalmente en la denominada escuela francesa y su recepción norteamericana. No es ocioso recordar que las nuevas tecnologías reproductivas, amén de las viejas, ponen en el tapete posibilidades genéticas

⁶⁴. *Ibidem*. p. 16-17; 24 ss.

⁶⁵. *Ibidem*

antes pensables sólo por la ciencia-ficción. Qué sea un sujeto y cuáles sean sus notas características no es, pues, una cuestión menor.

Para concluir, retomemos algunas de las conclusiones desperdigadas a lo largo de este trabajo. En principio, Butler funda su crítica en, al menos, tres supuestos no explicitados suficientemente: 1) “sujeto” y “varón” se superponen, lo que la lleva a mezclar aspectos extensionales e intensionales de la noción de sujeto; 2) rechaza las corrientes que fundan la cultura en la institución normativizadora de la diferencia sexual, que considera reificada y dependiente de la metafísica de la sustancia, lo que constituye un resabio esencialista u ontologizante; 3) el cuerpo es un constructo más, como el sexo y el género; 4) Beauvoir elaboró en *El segundo sexo* la categoría de género. Por todo lo cuál Beauvoir no habría escapado a la trampa falogocéntrica; más aún, habría contribuido involuntariamente a reforzarla.

En síntesis, Butler lee a Beauvoir de manera aguda, pero está guiada más por su propia reflexión nacida de supuestos de la crítica feminista norteamericana y postmoderna que por el examen beauvoiriano de qué sea un sujeto-mujer. Como Sara Heinämaa sostiene, *bel et bien*, cuando Beauvoir se pregunta cómo se llega a ser mujer, en realidad, se refiere a cómo es posible que un cuerpo, entretejido en el mundo con otros cuerpos, repita ciertas posturas, ciertos gestos, ciertas expresiones, las cambie y las modifique”.⁶⁶ Pero, Butler quiere explorar la cenagosa zona de las ambigüedades, y para sostenerse requiere de un punto de apoyo reconocido y firme que le haga las veces de interlocutor/a, no para interpretar o releer su trabajo, sino para que polemice con sus propias reflexiones. En ese sentido, Beauvoir sigue siendo intensamente rica y sugerente.

⁶⁶. Heinämaa, S. “¿Qué es ser una mujer?” Butler y Beauvoir sobre los fundamentos de la diferencia sexual” *Mora*, 4, 1998, p. 27 ss.